

ASTRALIS 4

· ARIANNA

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis 4 · Arianna.

© Antonio J. Bazalo. 2009.

Registro de la Propiedad Intelectual: B-6735-08

Diseño de cubierta: Antonio J. Bazalo.

Ilustración de cubierta: Mariusz Karasiewicz.

1º edición: Barcelona, diciembre de 2009.

Visite la web oficial de Astralis en: www.astralis-saga.com

Mariusz Karasiewicz en Devian Art: fishbot1337.deviantart.com

0

LAS DOS MAESTRAS

El espacio reflejaba en blanco sobre negro las vivencias de los seres humanos. No existía el destino ni el sino. El futuro era tan sólo el instante siguiente al presente, nada más.

Este era el mundo que Anne-Marie Belmont, otrora Diosa, acordó junto con el resto de almas del universo.

Aquellas estrellas eran las del consenso.

Arianna, sentada sobre una de las Alas Doradas de Gaia, miraba fijamente a la tríada de Orión, el heredero del Cinturón. La historia anterior del Hombre era patrimonio de toda la Humanidad, un relato sobre un mundo que acabó y que renació de sus cenizas bajo la aprobación de todos, incluido el recuerdo vívido de todo lo que aconteció hasta el fin de los tiempos pasados.

Las estrellas eran el reflejo de aquellos momentos. Cada nacimiento, cada muerte, cada vivencia afectaba al cosmos. La experiencia viva dictaba las Leyes del Orden.

-El presente y el futuro nos pertenecen ahora -recordó ella

en voz alta mientras se ponía en pie-. Todos estuvimos aquí una vez y encarnamos un personaje que aceptamos de antemano. Así, hasta el fin de los tiempos y vuelta a empezar.

Llevaba su pelo rubio recogido en una larga trenza. Sus ojos verdes refulgían con el reflejo de la luz dorada del Ala. El uniforme blanco y azul oscuro dejaba ver, a la altura del cuello, el escudo de La Sorbona.

-Y aquí estamos -se escuchó de repente, era una voz masculina y joven-, repitiendo el paso del tiempo con una nueva historia que creamos, palabra a palabra en el presente. Sin premisas ni deudas, sin caminos ante nosotros. El karma no existe, sólo la voluntad y la libertad del Hombre.

En el otro extremo del planeta, en la punta del Ala Dorada gemela, Paul, un chico de la misma edad que Arianna yacía en pie. Su pelo castaño alborotado le tapaba sus oscuros ojos.

-Es el nuevo año mil novecientos noventa y siete -dijo Arianna-. El mundo existe una vez más,

Flexionó las rodillas y dio un salto. Giro sobre sí, posó sus pies de nuevo sobre el borde del Ala y corrió.

Paul también.

Cuando el sendero dorado terminó para cada uno de ellos, saltaron. Arianna llamó a su espada astral de color amarillo, Paul invocó su sable verde menta, Ascendieron docenas de grados y, finalmente se encontraron con el Sello Norte de Gaia entre ellos.

-¡Prepárate, Arianna! -le gritó Paul.

-¡Por mi maestra! -clamó ella, y batió la hoja de su espada sobre el joven.

Ambas armas se encontraron con el Sello como testigo.

El fulgor del choque estremeció la larga estepa de la aurora. Los ojos de ambos sucumbieron al destello y apartaron sus miradas.

Volcaron tanta determinación en aquel primer ataque, que cuando la fuerzas de sus estocadas se agotó, se dejaron atrapar por el leve influjo de la gravedad terrestre.

Deshicieron el camino, y cada uno volvió al apéndice dorado del cual partieron. Pero nada más posarse sobre ellos, giraron sobre sí mismos. se precipitaron al vacío y dejaron las Alas sobre sus cabezas.

Nuevamente, tras recorrer casi toda la circunferencia terrestre, cada uno por su lado, se encontrarían.

Pero sería en otro lugar.

El Sello Sur, situado sobre la Antártida, vió llegar a ambos contendientes. Nada más tenerle sobre la línea del horizonte, Arianna le lanzó una batería de esferas de energía. Paul contestó con un ataque similar y las rafagas se neutralizaron las unas a las otras. Las espadas se alzaron, el reencuentro se consumaba.

Y entonces.

-¡Deteneos ahora mismo!

Era una voz que ambos conocían. Una autoridad mundial con nombre propio, una leyenda. Muchos la llamaron, en la Historia antes de la Historia, la Niña de la Revolución.

Una niña que ya era una mujer.

-¡Maestra Alicia! -exclamó Arianna, sorprendida, y obedeció al momento. Paul, sin embargo, no quiso detenerse.

-¡Paul! -escuchó el muchacho, y esta vez sí que sintió el deber de parar. Otra voz de mujer, tan legendaria como la de la maestra de Arianna, más aún.

La moderadora del renacimiento.

-¡Maestra Anne!

Un intenso resplandor, muy cercano al Sello, trajo a la presencia de ambos jóvenes a las voces que habían escuchado. Sus semblantes eran todo un poema de desaprobación.

-Creímos advertiros de que no hicierais ninguna estupidez como esta -dijo Anne, visiblemente enfadada-.

-¡Arianna! -llamó Alicia-. ¿Cómo has podido dejarte convencer tan fácilmente? Te creí con más cabeza.

-Maestra...

-¿Por qué crees que fue idea de Paul? -le preguntó Anne a Alicia-. Sabes muy bien que tu aprendiz tiene la misma estúpida ansia que él.

-Arianna repudia la violencia -explicó Alicia-. Incluso en competiciones académicas.

-Sí, claro -masculló Paul, algo dolido en el hombro derecho por la poderosa estocada de Arianna.

-Arianna y Paul son tal para cual, Alicia -insistió Anne-. Ambos merecen compartir la culpa por igual, sin matices. Por muy distintos que parezcan, siguen siendo hermanos.

Alicia calló. Realmente, Anne tenía parte de razón al señalar que ella estaba sobreprotegiendo a su pupila con sus palabras.

-Escuchad ambos -dijo entonces-. No sois rivales ni nosotras lo somos. Sois nuestros aprendices, alumnos de La Sorbona. Y por encima de todo, sois hermanos.

-Y los hermanos no se desafían con esta banalidad -apostilló Anne.

-Perdón, maestra -pidió Paul.

-Perdón, maestra -pronunció Arianna a continuación.

Algo llamó la atención de todos en aquel preciso momento. Giraron la vista hacia el oeste norteamericano, California, cubierta por una feroz tormenta. Un resplandor ajeno a cualquier relámpago, seguido por un estruendo, les alertó.

-¿¡Qué ha sido eso!? -exclamó Alicia, perpleja. Anne invocó

su magnetia.

-Falla la señal en ese cuadrante, hay una alteración magnética muy fuerte.

-Llama a Tellos -sugirió Alicia.

-No creo que sea necesario -repuso Anne, y miró a los dos jóvenes-. Veamos de lo que son capaces -le sugirió a Alicia.

-¿Estás segura?

-Claro, ¿qué peligro pueden correr?

Alicia se volvió hacia Arianna.

-Harás exactamente lo que se te diga, tanto si te lo ordeno yo como si lo hace Anne. ¿Entendido?

-Sí, maestra.

-¿Paul? -llamó Anne a su aprendiz.

-Sí, maestra -afirmó él.

Alicia les dio la espalda.

-Seguidnos pues.

Se abalanzaron al planeta, directos a la inmensa borrasca. Se sumergieron en la densa oscuridad, a través de la lluvia, rota por toda una red de relámpagos que rasgaban las nubes.

Cientos de kilómetros más allá, en la superficie, un extraño hombre de pelo largo y desaliñado desbocaba su energía astral contra todo aquello que tuviera delante. Casas, coches y tiendas explotaban a su paso. Caminaba encorvado, su respiración era ansiosa y sus gestos violentos. La lluvia le empapaba, pero no le importaba.

Algo quería decir, una palabra hacia equilibrio en la punta de su lengua. Le volvía loco.

-C... -era todo lo que conseguía. La palabra empezaba por aquella letra, pero no encontraba el camino a la siguiente.

-C...

Seguidas por un rayo, Alicia, Anne, Arianna y Paul

aterrizaron ante él. Alicia y Anne invocaron sus espadas.

-¿Quién eres tú?

-Era la pregunta que necesitaba aquel loco.

-C..., C..., Corvus -respondió, triunfante-.

-¿Corvus? -repitió Anne en voz baja-. Yo conozco ese nombre.

-Corvus Elitani -completó él, más sosegado, al fin recordaba. La Historia antes de la Historia, su espada clavada en su pecho, su deseo obscuro de ver el mundo arder. El fin de los tiempos. El nuevo consenso.

Él discrepaba.

-Anne-Marie Belmont -reconoció él-. Volvemos a encontrarnos.